

Primera jornada (*Urbes et mores*)

Al cabo de unos días se estaba el ilustre ateniense, atento lector, –si aún no te has dormido– a la sombra de la morera de su pequeño jardín, mientras leía una de las biografías comparadas de su colega Plutarco⁵, cuando el poder de las letras le cerró los ojos y el códice se le cayó de las manos. Entonces, a tenor de la somnolencia vaporosa del estío, se le apareció Menipo, con sus alas de águila y de buitre, ligeramente aposentado sobre el brocal del pozo.

Gastaba una barba descuidada y su mirada era viva y graciosa; con la mano derecha sostenía una linterna.

–Salve, Menipo! –le saludó Philologus– Desde mis lecturas de juventud que no me había encontrado contigo, estimado amigo.

–No paro de dar vueltas –dijo. Mi investigación me lleva a indagar cualquier tema humano.

*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*⁶

5 Plutarco (50-120 dC). Escritor griego representante del movimiento ilustrado del helenismo conocido como ‘la segunda sofística’. Fue moralista, filósofo e historiador y de él se conservan numerosos escritos. Su obra más conocida es *Vidas paralelas*, obra de biografías de la antigüedad en la que relata y compara la vida de personajes ilustres griegos y romanos, como Alejandro con César, Demóstenes con Cicerón, etc. Parece que es este libro el que está leyendo Philologus.

6 “Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno” Frase emblemática del humanismo que introdujo Erasmo de Rotterdam y que éste, a su vez, retomó de Terencio.

Precisamente ahora regreso de un país que nunca hubieras podido imaginar. Te lo cuento porque es un lugar que no podéis visitar los atenienses de ahora ni que tuvieseis alas de águila, de buitre o de murciélago, a no ser –¡claro está!– que el gran Zeus hiciera alguna excepción. Te lo explico: por unas leyes que aun no podéis comprender, de tan rápido que puedes volar te conviertes en un espárrago de luz, rompes el globo celeste y te paseas por los espacios de la nada. Por ese lugar, que no es ningún lugar, te esperas a que el maloliente grano de arena salada, al que llamáis *Tierra*, dé unas cuantas miles de vueltas. Entonces, con denuedo estiras de las riendas del espárrago luminosa y, al perder velocidad, vuelves a entrar en el universo y puedes bajar de nuevo a nuestro mundo, volando con mis alas, tal como me ves ahora. Pero, ¡oh maravilla!, te puedes encontrar el tiempo cambiado.

Philologus: ¿Qué quieres decir?

Menipo: Que en vez de estar en el año 872 de la fundación de Roma⁷, año en el que estamos ahora hablando, me encuentro en el 2770, o lo que es lo mismo, en el año 2017 después de Cristo.

PH: ¿De quién?

7 Lío de fechas entre el calendario romano y el calendario gregoriano actual. En la antigua Roma se contaban los años a partir de la fundación de la ciudad que se sitúa en el año 753 aC. Por tanto el encuentro entre Philologus y Menipo, según cómputo del calendario actual gregoriano, sería el 119 dC (872 – 753 = 119): el emperador Adriano acababa de llegar al poder y a Plutarco le quedaba un año de vida. Mientras que la fecha que da Menipo en su desplazamiento hacia el futuro es, desde la fundación de Roma, el 2770, es decir, 2017 dC (2770 – 753 = 2017).

M: De Jesucristo, un judío de Nazaret que nació, según vuestro tiempo, hace 118 años, si los cálculos no son erróneos. Ajusticiado de manera ignominiosa en la cruz, sus seguidores lo vieron resucitado y lo declararon Dios. Se hacen llamar *nazarenos* o también *cristianos* y van en aumento.

PH: Ah, sí, ya he oído hablar de ellos. Plinio, en una de sus cartas, pregunta a Trajano qué ha de hacer con ellos, si se niegan a rendir homenaje al emperador.

M: Pues estos acabarían imponiendo su relato religioso, y el deshecho de reinos y pueblos que segregará el imperio al hundirse se confesaría cristiana. De aquí el cambio de fecha de referencia.

PH: ¡Jo!

M: Sí, Fílogui –¿no te importa que te llame así, no?– El mundo da unas vueltas inimaginables. Ya pueden los hombres afanarse para que el mundo en que viven no desaparezca, que, cuando llega la hora del desastre, se hunde sin remedio. Las escurriduras, sin embargo, que de él supuren, darán nuevos fermentos.

Pues como te decía, yo descendiendo sobre la Tierra y me encuentro con el tiempo cambiado. ¿Que cómo me enteré del cambio de *cronos*? Bien, pues la cosa tiene su gracia. Caí justo sobre un surtidor que se encontraba en medio de un peristilo –que los habitantes de aquel lugar llaman *claustrum*. Formaba parte de un edificio enorme de piedra cuya simetría le acercaba a nuestros cánones y proporciones. En él parece que se imparte el saber y ellos lo llaman *universitas*, una especie de Academia o escuela de sofistas abierta, principalmente, a los jóvenes. Desgraciado de mí, al momento de caer en el agua salpiqué unas chicas que se sentaban allí cerca. Y como

era pleno invierno y se quedaron bien remojadas, me empezaron a insultar de mala manera.

—¡Con el frío que hace me he quedado con la ropa totalmente mojada!

—Y ahora, ¿cómo podré estudiar si los apuntes están empapados de agua y la tinta se ha corrido?

—¡Mira, aviador de m.! No se ve ni la fecha del día. Con tus alas malolientes de avestruz famélico nos has jodido a base de bien. Eres un *friky, tio!*, ¿a quien se le ocurre ponerse a hacer de Leonardo da Vinci en pleno siglo XXI del Star War?

Por lo visto no aprenden en esta escuela ni la *ataraxia* de los epicúreos, ni la *arete* de los estoicos⁸, ni —no es preciso decirlo— el recato verbal de los pitagóricos. ¡Tantos fueron los insultos e improperios que me lanzaron aquellas bocas deliciosas!

Suerte tuve que paseaba por el pórtico un hombre mayor, con aires de sabio despistado, que me reconoció enseguida.

—¡Hola, Menipo! ¡Cuánto tiempo sin verte! Precisamente hace un rato estaba traduciendo con mis alumnos una de las fábulas menipeas en las que tú eres protagonista⁹.

Era el señor Dionisio Rampell, catedrático de lenguas clásicas. Gracias a él me enteré de que nuestra

8 *Ataraxia* o ‘estado de no perturbación’, y *areté* o ‘virtud’ eran, respectivamente, el bien supremo que preconizaban el epicureísmo y el estoicismo, doctrinas filosóficas que aparecen después de Sócrates.

9 Es gracias al escritor griego Luciano que el personaje de Menipo adquiere para nosotros dimensiones literarias. Ver supra nota nº 3.

lengua, para ellos antigua, se continúa estudiando y es motivo de gran entusiasmo entre los estudiosos. Me explicó todo el lío de fechas que te desglosé antes y me hizo saber que vivía en una civilización que se enorgullece de pertenecer a la tradición y cultura que arranca de nosotros los griegos. Así que, Fílogui, no te desalientes, ni tampoco tu colaborador y amigo Plutarco, nuestras letras perduraran.

PH: Me dejas asombrado, Menipo. Cuéntame todo lo que hayas visto de este país del futuro, pondremos así más fe y ganas de trabajar, porque estoy seguro que habrás comprobado que la humanidad ha ido mejorando en conocimientos y sabiduría.

M: En algunos aspectos ha mejorado pero en otros, no tanto como podrías pensar, pues, si bien el hombre es más experto en muchas materias, sin embargo por eso mismo tiene también mayor capacidad y responsabilidad para hacer el bien o el mal. A este país que he visto del futuro, a instancias de un profesor que ya conocerás, yo lo llamo ‘Kaireia’¹⁰, pues es un mundo en donde sólo se considera cierto y bueno lo último, lo más novedoso, lo más actual del presente que se vive a cada momento. Pero así como de intenso y verdadero se vive el presente, se le olvida pronto y fácilmente, y al punto se le sustituye por otra ‘actualidad’ que aparece con tintes nuevos, prosiguiéndose así una carrera vertiginosa y voraz de sensaciones inacabables e insaciables.

PH: Entiendo, pero antes que comiences ese relato fascinante, quisiera hacerte una pregunta, pues me pica la curiosidad. La linterna que llevas, ¿no es de Diógenes?

10 ‘*Kairós*’, en griego clásico viene a significar ‘momento, oportunidad’, Así ‘*Kaireia*’ sería ‘El mundo de la oportunidad’

M: En efecto, Philologus, pero el otro Cínico¹¹, que también me acompañó en el primer viaje a Kaireia, harto de buscar un hombre y no encontrar más que ‘socios y socias’, ‘ciudadanos y ciudadanas’, ‘presidentes y presidentas’, ‘miembros y *miembras*’, decidió quedarse definitivamente viviendo en su tonel. Se pasa el día haciendo inhalaciones bucales con la lengua ondulada y otros ejercicios que aprendió de un viejo *rishi*¹² de la India. Solo se alimenta de aire o de *prana* –como lo llama él– y pronto cumplirá 580 años, según vuestro cómputo temporal, claro.

Me regaló la linterna para que continuase con la búsqueda. Él, en cambio, desde su retiro *nirvánico*, ya no quiere saber nada del género humano en la historia, y menos aún de aquello que en Kaireia llaman ‘la rabiosa actualidad’, según él un compendio de las estupideces más tópicas de la humanidad, las cuales parecen a cada momento ‘históricas’ simplemente porque ocurren a los que están vivos, pero que son una repetición insulsa y aburrida de lo que ya se ha visto miles de veces en la humanidad.

PH: y tu, Menipo, ¿has encontrado al hombre?

11 Diógenes de Sínope (399-323 aC.), llamado también el Cínico, fue discípulo de Antístenes de Atenas, fundador de la escuela cínica. De vida extravagante despreciaba las riquezas y los honores. De él se cuentan diversas anécdotas, como que vivía dentro de un tonel y que acostumbraba a pasear con una linterna en pleno día ‘buscando a un hombre de verdad’.

12 Sabios de la India que practican el ayuno, la meditación y el yoga, para alcanzar un estado de ‘liberación’ que llaman nirvana o *shamadi*, según la escuela.

M: Yo no tengo un pelo de idealista, Filogui. Ya sé de sobras cómo son los hombres y no me obsesiono con encontrar uno ideal y puro. En mi mano la linterna se ha convertido en una luz crítica, que intenta ver las cosas tal como son, con el menor subjetivismo posible, pero a la vez con el humor propio de la sátira, sin la cual la mezquina vida de los mortales sería insufrible.

PH: ¡Oh, encantador Menipo! Estoy deseando que me cuentes tus impresiones sobre el mundo de Kaireia y cómo lo ves en comparación con el nuestro. Porque seguramente en el mundo futuro, el hombre habrá conseguido lo que ahora no podemos ni imaginar: máquinas de todo tipo para tener una vida mejor, por ejemplo, o quizás habrá pisado la luna u otros cuerpos celestes, o por fin habrá descubierto el elixir de la eterna juventud. Cada día debe progresar e inventar cosas nuevas.

M: ¡Opopopoi!¹³ Son vanidosos e ignorantes. A la luna, ya habíamos llegado nosotros, y más de una vez. Yo mismo a menudo me poso sobre su superficie cuando hago escala hacia otro planeta. Volar, ya había volado Ícaro, y de jugar con el fuego – o ‘energía’ como dicen ellos –, Vulcano ya se había dado un hartón. No hay invento suyo que no provenga del camino que desbrozamos nosotros al liberar al hombre de falsas supersticiones, como la célebre frase de Protágoras¹⁴ “Sin nubes Zeus no llueve” atestigua.

13 Exclamación frecuente en los héroes de la tragedia griega.

14 Protágoras de Abdera (485-411 a.C.) Reputado sofista griego, experto en retórica, vivió un tiempo en Atenas y conoció a Sócrates como se constata por uno de los diálogos de Platón. La frase puede ser suya porque suya es también la frase

Son una mala copia de nosotros, como si un único patrón nuestro se hubiera reproducido en miles de ejemplos suyos. Tienen centenares de millares de Sócrates que escarban por las minúsculas ramas del saber, como pequeños topos a quienes llaman ‘especialistas’. Miles de Pericles que, con sus Fidias de turno, agotan las arcas públicas en obras inmortales. Abundantes Alcibiades que, ora traicionando a unos ora traicionando a otros, con gran poder de seducción y estafa acaban llevando al pueblo hacia la ruina y la esclavitud¹⁵. Como ves no podemos estar muy contentos de nuestros prosélitos del futuro. Ahora bien, sí que es verdad que en la filosofía, la literatura y las artes hemos sido para ellos modelos impecables.

PH: Pero di, descríbeme cómo son sus ciudades.

M: Te quedarías de piedra de cuán grandes son sus ciudades. En general han adoptado el trazado de nuestro Hipódamo de Mileto¹⁶: una extensa red de calles paralelas y perpendiculares que forman islas o manzanas de casas. Así, cuando el urbanita sale de casa, ha de decidir si va a la izquierda o a la derecha. Podría tener ganas de saltar, correr o trepar por uno de los plataneros que bordean la calzada. Si tal hiciera, sin embargo, no se comportaría como un hombre civilizado. Se le obliga, pues, tras tomar

que resume su agnosticismo: “De los dioses, no tengo medios de saber si existen o no”.

15 Se habla de estos personajes más adelante. Ver notas infra nº 67 y 274 respectivamente.

16 Hipódamo de Mileto (498-408 aC) Arquitecto y urbanista griego, considerado el padre de la planificación urbanística en retícula, predecesora, por ejemplo, del *Eixample* de Barcelona ideado por Ildefonso Cerdà.

su primera decisión, a seguir un trayecto recto hasta la siguiente bocacalle, donde tendrá que volver a escoger la dirección deseada. De tanto tener que escoger, se va conformando en la mente del peatón –que así llaman al que camina por la calle– un espíritu responsable y obediente. No hace falta más que verle como camina serio y concentrado en sus cábalas, pensando ya en su próxima elección. Poco o nada hablan entre ellos mientras se desplazan por las aceras, ni un triste ‘¡buen día!’. A nuestro Sócrates, a quien le encantaba ir preguntando a sus conciudadanos sobre todo lo divino y humano, lo tomarían por loco y lo cerrarían rápidamente en un frenopático o, por embaucador, iría directo al calabozo.

PH: ¿No les gusta hablar como a las cotorras atenienses? Habrán heredado el laconismo de los espartanos¹⁷.

M: Es que no pueden. No sabes el ruido que domina las calles. No usan ya burros o carruajes tirados por mulas, el aire no huele a sudor y boñiga de bestia alguna. Hacen uso de unos bólidos de cuatro o dos ruedas que se desplazan sumando la fuerza de cincuenta o más caballos, ningún animal los arrastra sino que queman dentro suyo un líquido altamente inflamable que mueve sus pies redondos a una velocidad endemoniada. Lo que Bucéfalo¹⁸ habría recorrido en una jornada a toda brida, el

17 En la Grecia clásica, los atenienses tenían fama de grandes conversadores, mientras que los espartanos eran de pocas palabras, de un hablar breve y conciso; de aquí viene el adjetivo ‘lacónico’ pues eran de la región de Lacedemonia o Laconia en el Peloponeso.

18 Bucéfalo era el magnífico caballo de Alejandro Magno.

automóvil –que así lo llaman– lo haría en menos de una hora sin forzar la marcha.

PH: ¡Me dejas anonadado!, ¿y por qué van tan desbocados?, ¿no se les acaba enseguida la ciudad, el día y la vida?

M: ¡Al contrario! Siempre les falta tiempo y más aprisa han de ir. Muchos no caminan, corren sin descanso. Tienen unos relojes que les indican continuamente el tiempo. Y han de estar a las ocho en el trabajo, a las tres de la tarde han de recoger a los niños de la escuela, a las cuatro llevarlos a clases de música, a las ocho preparar la cena. Y así discurre un día tras otro a un ritmo trepidante.

PH: ¿Y no hay manera de que calmen un poco su frenesí?

M: La prisa engendra prisa. ¡Hasta tienen organizado el paso alternativo de automóviles y peatones!. Un fuego rojo prohíbe el paso de éstos y uno verde permite el de aquéllos. Tendrías que ver, Filogui, lo nerviosos que se ponían los automovilistas cuando, al cambiar el fuego, yo en medio del paso cebra –un paso de peatones–, me entretuve pegando mi ala de águila que se me había desenganchado. “Payaso de pacotilla, carcamal, carroña, piojoso” fueron los improperios más suaves que me dedicaron con sus caras congestionadas, mientras que sus máquinas rugían, hacían sonar las bocinas y vomitaban humos malolientes. Apenas respetaron mi persona y la preciosa ala de águila imperial quedó por el suelo atropellada y maltrecha. Tuve que ir al parque zoológico donde unos médicos de animales, que ellos llaman ‘veterinarios’, me la recompusieron.

PH: ¿No esperaron a que la recogieras del suelo?

M: ¡No, por Zeus! Ya te digo, Filogui, que un dios desconocido por nosotros les domina. Debe ser Céler, una

mezcla de Bacus y Atalanta¹⁹, quien se apodera de ellos desde el momento que salen a la vía pública. Si los peatones caminan con prisas, los bólidus aún mas; cuanto más velocidad llevan, más quieren correr: unos para pasar al vehículo que va demasiado lento, otros para atravesar el fuego verde antes que cambie a rojo. Y el tiempo, el tiempo, siempre tienen el tiempo grabado por doquier que se les escurre sin remedio, y les indica si llegan o no a la hora convenida u obligada.

PH: ¡Por todas las Furias del Orco! Me los pintas como encadenados al más implacable de los dioses, Cronos, *rerum edax*²⁰. Estoy seguro, sin embargo, que si se mueven a este ritmo tan frenético, deben vivir en un solo día cinco vidas de las nuestras, como aquellas moscas que no paran de insidiar con su zumbido incesante y que,

19 Dionisio o Baco, dios del vino, puede ser aquí sinónimo del carácter ebriaco. Atalanta, cazadora y varonil, estaba consagrada a Artemisa o Diana y por tanto casi obligada a guardar la virginidad. Como era muy bella y bien formada, tenía muchos pretendientes, así que, para sacárselos de encima, los retaba a la carrera en la que era muy rápida, con la condición de que aquél que la venciera se casaría con él, pero si ella lo vencía lo mataría. Después de muchos que perecieron en el intento, llegó un tal Hipómenes, o Melanión, según otros, que, valiéndose del estratagema de dejar caer, durante la carrera, manzanas de oro que se había traído del Jardín de las Hespérides, y que la doncella, admirada, se detenía para recoger, consiguió vencerla y casarse con ella.

20 Epíteto latino de Cronos o Saturno: ‘Devorador de las cosas’.

aun viviendo escasos días, al cabo han recorrido más estadios que Filípides²¹ en todas sus carreras.

M: ¡Pues mira por dónde que no! En muchas ocasiones de nada les sirven máquinas tan veloces. Son tantos los bólidos que han construido –y continúan construyendo– que, cuando confluyen muchos en un mismo lugar, se quedan parados y forman largas colas a las que llaman ‘embotellamientos’. Entonces se ponen de mal humor, se salen de quicio y empiezan a sonar las bocinas. Los he visto realmente angustiados en estos casos. Será porque la espera dentro de las máquinas humeantes tiene algo de antinatural. Para no sofocarse los conductores se ven obligados o bien a encender un aire artificial –que no es muy saludable–, o bien abrir las ventanillas y respirar los gases de las otras máquinas. El paisaje visual que tienen delante tampoco es muy halagüeño: una fila interminable de automóviles parados que rugen lentamente. En estas paradas y esperas exasperantes es cuando más les pincha el agujijón de Cronos: “¡Ay que llegaré tarde a la reunión!, ¡ay que me despedirán si llego otra vez tarde al trabajo!, ¡ay que ya habrá comenzado la función!, ¡ay que no me dejarán entrar al examen!” – se inquietan sus corazones.

PH: No me extraña en absoluto. Seguramente, la espera a lomos de asno o de mula es más natural: el aroma

21 Conocido atleta de la antigua Grecia que recorrió los 42 y pico kilómetros desde Maratón a Atenas para comunicar la victoria de los griegos sobre los persas. La leyenda cuenta que murió por el esfuerzo realizado al poco tiempo de llegar a la ciudad y exclamar exhausto ¡*Enikesan!* (‘¡Hemos vencido!’). Los juegos modernos han instituido la célebre carrera de fondo en su memoria.